



Dios y el mal

La vida es estupenda. La vida biológica se desarrolla en el tiempo. Si tiene razón la teoría de la evolución, sólo sobreviven y se multiplican los animales más aptos, mejor preparados para obtener los alimentos, enfrentarse a las dificultades y reproducirse con más facilidad. Si es así, es preciso que muchos seres se pierdan por el camino. Para saber de lo que un ser es capaz debe enfrentarse con problemas y ser capaz de superarlos. El dolor y el sacrificio forman, pues, parte de la existencia biológica de los seres animados. Hasta aquí no hay ni bien ni mal, sino una mera cadena de vida en la que cada eslabón es una prueba de ensayo y error, de eliminación sistemática de errores y de selección de lo mejor.

Incluso a este nivel los hombres nos revelamos contra el dolor, como aquello que no debería existir. El sufrimiento es justamente lo que no queremos, aunque lo sepamos inevitable. Dos ejemplos, uno de hace muchos siglos y otro actual. El primero es la descripción del profeta Isaías (cap. 11) del reino mesiánico. Entonces el lobo y el cordero vivirán en paz, el tigre descansará al lado del cabrito, el becerro y el león crecerán juntos y se dejarán guiar por un niño pequeño. La vaca y la osa serán amigas, y juntas descansarán sus crías. El león comerá hierba, como el buey. El niño jugará en el escondrijo de la cobra y meterá la mano en el nido de la víbora. En todo mi monte santo no habrá quien haga ningún daño, porque así como el agua llena el mar, así el conocimiento del Señor llenará todo el país”, Y más adelante insiste: “El lobo y el cordero pacerán juntos, el león comerá hierba, como el buey, y la serpiente se alimentará de tierra. En todo mi monte santo no habrá quien haga ningún daño.” (cap. 65)

El segundo el proyecto gran simio, que pretende limitar el dolor y el sufrimiento que estamos autorizados a infligir a seres capaces de sentir sufrimiento. Y a un nivel más elemental encontramos toda la reglamentación, casi infinita, sobre la crianza, el transporte y el trato que debemos dar a los diferentes animales.

Así pues, la protesta surge natural. Susana Tamaro la ha expresado con la fuerza y la sensibilidad que la caracterizan. “¿Cómo puede Dios ser bueno, si permite que sus criaturas se despedacen entre sí? O puede que sea bueno de verdad, pero débil y distraído. Quizá es como un cocinero descuidado que, mientras está amasando un pastel, mira para otro lado y su péfido asistente pone en él un ingrediente que no tiene nada que ver. Si de verdad es omnipotente, ¿no podía imaginarse al mundo como un enorme prado alpino poblado de terneros y ovejas, cabritos y conejitos, mariposas y coleópteros, todos estrictamente vegetarianos? ¿Qué necesidad había de que, de su sombrero mágico, la evolución sacara una mandíbula, un colmillo, una garra y la sed de sangre? ¿No bastaba la pureza del agua para saciar la sed de las criaturas del mundo? ¿Qué falta hacía que la carne devorara la carne? ¿Qué necesidad había de agujeros negros que devoran con la misma voracidad el espacio y el tiempo? ¿Era necesaria la entropía?” (Susana Tamaro, *Cada palabra es una semilla*, Seix Barral, Barcelona 2005, p. 64)

“El quién de poco nos sirve aquí. Lo que tenemos delante es un porqué. Un porqué tan grande como una decena de catedrales, una encima de otra. Tan grande como para oscurecer el cielo y esconderlo. ¿Por qué picos, colmillos, por qué mares de sangre y huesos que crujen entre mandíbulas como la sal debajo de los zapatos? ¿Por qué terremotos y explosiones de volcanes? ¿Por qué la división entre perseguidores y perseguidos, predadores y presas, parásitos y parasitarios? ¿Por qué los virus? ¿Por qué el hombre que, en cuanto puede, levanta la mano y se transforma en Caín? El porqué del mal es un lago en el que más o menos todos se han ahogado. Los teólogos han trepado por cualquier pared que les brindara un asidero, y lo mismo los filósofos. Se han escrito enciclopedias enteras para explicar —y, por lo tanto, hacer aceptable— la presencia de lo trágico en el mundo. Sin embargo, el problema está ahí, sin solucionar. Basta nacer para darse cuenta de ello. Naturalmente, es un problema que concierne, sobre todo, a la esfera religio-

sa. En un mundo creado por la casualidad, en realidad, el mal se manifiesta como una dolorosa forma de necesidad. Pero si, por el contrario, el universo es fruto de la voluntad de un Creador, ¿cómo explicar este orden de cosas? (Tamaro, p. 65)

Muy bien, el sufrimiento se nos presenta como lo que no debe ser. Pero sólo para el hombre existe lo que no debe ser. Para los animales no hay más que una cadena de vida. Ya Aristóteles decía que cada animal vive en función de la reproducción de la especie, porque lo importante es la descendencia y no el animal singular. Los modernos teóricos de la evolución sostienen que la gallina es el invento que el huevo ha hecho para poner otro huevo. Es más, sin dolor, sin sufrimiento, sin la lucha por la supervivencia y la reproducción no sería posible la selección natural, no habría ningún proceso, el mundo de la vida seguiría siendo el de hace millones de años. Sin dolor, la vida de los animales superiores sería imposible: ¿por qué iban a huir del fuego sino les molestara?

En este nivel, el sufrimiento está al servicio de la supervivencia. De entrada parece algo necesario, más que algo malo. En este punto los ateos acuden a un planteamiento sentimental acerca de la compatibilidad del mal natural gratuito existente antes de la presencia del ser humano en el universo. Es la historia de la lechuza que muere quemada en el incendio ocasional de un bosque miles de años antes de que hubiera siquiera homínidos sobre la superficie de este planeta. ¿Cómo puede un Dios omnipotente, sapientísimo y bueno permitir ese mal gratuito, porque no sirve para nada; que se trata, dicen en ocasiones, de un mal horrendo?

Será necesario añadir una palabra más sobre este asunto: ¿Cómo podría haber seres libres y responsables si no hubiera unas leyes de la naturaleza suficientemente estables para saber cuáles son las consecuencias de las propias acciones? Si uno pretende hacerse unas chuletas a la brasa y cuando enciende el fuego en vez de quemarse los sarmientos resucita el cordero... ¿no nos quedaríamos atónitos y perplejos?, ¿cómo podríamos saber lo que estamos haciendo si de ello resultara cualquier cosa de modo indiscriminado? En un mundo lleno de milagros pero sin leyes fijas no puede vivir un ser libre que no sea el autor de los milagros.

Pero en esa cadena de la vida, de repente -dejemos por ahora la discusión sobre su origen- aparece un ser singular. Sufre y se duele como los demás. Incluso con el paso de los siglos se han multiplicado su capacidad de sufrir y se han desarrollado una multitud ingente de situaciones y procesos que parecen pensados para hacernos sufrir más cada vez.

Pero porqué es singular ese ser, ¿qué tiene de especial? Que lo mira todo, que le interesa todo, que es capaz de conducir su existencia y hacer elecciones con mejor y peor fortuna. Es un ser que habla porque conoce el mundo entero, porque se ve en él, formando parte del mismo a la vez que se responsabiliza de curso de la historia que empieza con él. Es un ser que en cierto sentido es todas las cosas. Que tiene una visión del universo en el que vive. Sólo para un ser así tiene sentido que haya sentido, que busque el fundamento del universo y la razón por la que cada uno existe. Sólo para ese ser hay Dios y hay mal. Hay mal porque hay bien. Sin la vida el dolor no existe, sin el sentido de la vida el sufrimiento desaparecería: un mero accidente en la cadena de la vida.

El mal arraiga en la vida, como las plantas crecen hacia arriba porque hunden sus raíces en lo profundo de la tierra, donde la humedad permanece y pueden encontrar alimento. Sólo para un ser racional aparece la vida y la muerte, sólo para él hay caminos abiertos, únicamente él es capaz de lo mejor y de lo peor, sólo para él la vida y la muerte pueden mirarse a la cara.

Pero lo mejor y lo peor no son conceptos biológicos, sino metafísicos. Se puede ser práctico, pero ningún pragmatismo nos dirá qué es bueno sin más, en qué consiste el bien sin restricciones, lo que cada uno debería hacer, tener y ser por sí mismo. Nos dirán todos los sis que queramos, pero serán siempre unos sis sin acento. Podrán establecer todo tipo de condicionales, pero al cabo se revelarán incapaces de mostrar ninguna afirmación definitiva, ningún sí con acento, absoluto. Pero sin un sí absoluto tampoco los nos tienen demasiado interés: la cadena biológica ha tenido un fallo más, se ha mostrado de nuevo como lo que es, una mera cadena biológica.

Sólo cuando el hombre encuentra algo absoluto, cuando es capaz de Dios, cuando se revela capaz de entusiasmo, en el momento en que puede decir Sí, sí, ¡eso es! ¡Eureka! Justo en ese

momento decisivo también puede fallar. Los judíos para hablar del pecado utilizan una expresión que significa errar el tiro. Sólo puede fallar el que apunta. El que dispara al buen tuntún ni puede acertar ni falla nunca, porque para él no existe ningún blanco, no hay diana. Sólo cuando el hombre habita el universo y encuentra unos fines que están más allá de él, entonces y sólo entonces hay bien y mal.

Es más, sólo cuando el hombre, un ser humano está implicado, entonces se puede entender algo como bueno o malo, porque sólo en relación al hombre pueden estos conceptos tener sentido. Pensemos en la ley de deriva de los continentes. Se trata de una ley geológica según la cual, el movimiento de las masas de tierra emergente sufre la fuerza de la traslación y de la rotación terrestre y la del magma que bulle en sus entrañas. ¿Es buena o es mala esa ley? Es ciertamente una ley natural, pero también es esa misma ley es la que provoca terremotos y hace surgir volcanes. Por ella tienen lugar catástrofes incontables que provocan pérdidas increíbles y en las que mueren millares de seres humanos. Esa es la ley que levanta las olas gigantescas de los tsunamis, esa es la ley que se traga ciudades enteras en breves momentos. Pero si no murieran hombres, si su trabajo y sus realizaciones no se vieran afectadas, ¿en qué sentido podríamos llamarlo malo? Probablemente en Marte o en otros planetas también hay terremotos, pero nadie los llamará “una catástrofe terrible”. Es más, justamente por la misma razón, por la misma ley, el sol expande energía al espacio y hace posible la vida en la tierra: ¿cómo llamar canalla una ley que nos permite vivir?

Así pues, el mal sólo tiene importancia e interés si el hombre y su vida tienen un valor de algún modo absoluto, por el cual las cosas que le afectan de manera negativa pueden llamarse en algún sentido malas. Hay otro aspecto que no podemos olvidar: si la vida del hombre tiene un cierto valor absoluto no puede ser sino para alguien que es superior y está más allá de los mismos hombres. Si el universo estuviera regido por el destino impersonal, por un azar ciego, por la necesidad de las leyes de la física, ¿en qué podría consistir la dignidad humana a la que repugna el dolor y el sufrimiento y el mal? Sin el concepto de imagen de Dios, de representación del absoluto la dignidad humana no se nos presentaría como la exigencia de no causar dolor, de no provocar el mal. El mal es, entonces, a la vez, lo que no debería de ningún modo existir, el mayor obstáculo para admitir la existencia de Dios y, a la vez, aquello cuya existencia implica necesariamente la existencia de Dios.

Este problema se llama Teodicea, la justificación de Dios frente al mal. Dios necesita justificarse porque hay mal. Nuestros contemporáneos están dispuestos a sentar a Dios en el banquillo de los acusados y exigirle una explicación. El filósofo que creó el nombre de Teodicea fue Leibniz. Su creatividad no era enteramente original, sino que estaba recogiendo unas inquietudes que nunca han dejado de arraigar en el alma humana.

Ya antes de Cristo, Epicuro planteó así la cuestión: “Dios o bien quiere impedir los males y no puede, o puede y no quiere, o ni quiere ni puede, o quiere y puede. Si quiere y no puede es impotente, lo cual es imposible en Dios. Si puede y no quiere, es envidioso, lo que del mismo modo es contrario a Dios. Si ni quiere ni puede, es envidioso e impotente; por tanto, ni siquiera es Dios. Si puede y quiere, que es lo único que conviene a Dios, ¿de dónde procede entonces la existencia de los males y por qué no los impide?» (EPICURO. Frag. 374. en H. K. USENER (ed.). *Epicurea*. Wm. C. Brown. Lipsiae 1887, p. 253).

Esta reflexión no es exclusiva de paganos o ateos. “El cristianismo más bien crea el problema del dolor en lugar de resolverlo” (Lewis). En la Biblia se dedica todo un libro, el libro de Job, a la cuestión verdaderamente central: ¿porqué los inocentes tienen que sufrir el mal, cuando se han esforzado siempre por obrar bien? El libro acaba en el reconocimiento por parte de Job de sus limitaciones para entender los caminos del Omnipotente. En los salmos se recoge también la misma queja. Por ejemplo, el salmo 72 dice: “¡Qué bueno es Dios para el justo, el Señor para los limpios de corazón! Pero yo por poco doy un mal paso, casi resbalaron mis palabras, porque envidiaba a los perversos, viendo prosperar a los malvados. Para ellos no hay sinsabores, están sanos y orondos, no pasan las fatigas humanas ni sufren como los demás. Por eso su collar es el orgullo y los cubre un vestido de violencia; de las carnes les rezuma la maldad, el corazón les rebosa de malas ideas. Insultan y hablan mal y desde lo alto amenazan con la opresión; su boca se atreve con el cielo. Ellos dicen: ‘¿Es que Dios lo va a saber?’ Así son los malvados y siempre

seguros, acumulan riquezas”. “¿Para qué he limpiado yo mi corazón y he lavado en la inocencia mis manos? ¿Para qué aguanto yo todo el día y me corrijo cada mañana?” Meditaba yo para entenderlo, pero me resultaba muy difícil; hasta que entré en el misterio de Dios y comprendí el destino de ellos”. “Comprendí el destino de ellos (los malvados): Los pones en el resbaladero y los precipitas en la ruina; en un momento causan horror y acaban consumidos de espanto”.

Pero lo decisivo que la Biblia dice sobre el mal está al comienzo y al final. Al comienzo encontramos la narración del pecado original de Adán y Eva y de sus consecuencias inmediatas. Casi la primera acción que se narra en la Biblia, después de los sacrificios que Caín y Abel ofrecen a Yahvé, es el asesinato de Abel y el horrible destino de Caín y se oye la voz de Dios que clama por la sangre del justo derramada. Y al final de los evangelios asistimos a la muerte ignominiosa y a la resurrección gloriosa de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Son elementos que nunca se deben olvidar, aunque ellos no hagan más fácil la solución del problema del mal, sino incluso multiplican la experiencia del mal y lo convierten en una cuestión todavía más aguda y de más urgente solución. Así lo han entendido siempre los cristianos.

San Agustín, cuya fiesta celebramos hoy, advierte en sus *Confesiones* que «o Dios no puede abolir el mal o no quiere; si no puede entonces no es todopoderoso y si no quiere no es perfectamente bueno». Y en la *Summa theologiae* Tomás de Aquino lo plantea así: «Parece que no existe Dios. Si de dos cosas mutuamente exclusivas una existiera sin límite, la otra dejaría de existir. Pero la palabra Dios designa un bien sin límites. Si Dios existiera, nadie podría encontrar mal en el mundo. Luego Dios no existe». El planteamiento se renueva en la Ilustración del S. XVIII: Hume expuso el problema en términos similares a los de Epicuro: “¿Quiere Dios prevenir el mal pero no puede? Entonces es impotente. ¿Puede pero no quiere? Entonces es malvado. ¿Puede y quiere? Entonces, ¿cómo hay mal?”. Y estas preguntas se convierten en un arma contra Dios: ¿por qué Dios no ha creado un mundo mejor, porque no ha hecho una voluntad más fuerte para oponerse más decididamente al mal y conseguir que el bien triunfe de forma habitual, en vez del dolor, la enfermedad, el hambre o la guerra...?

Pero quizá ha sido Dostoievski quien ha planteado en los hermanos Karamazov la cuestión de forma más brutal, y por tanto más interesante: “Confieso humildemente que no comprendo la razón de este estado de cosas. La culpa es sólo de los hombres. Se les dio el paraíso y codiciaron la libertad, aun sabiendo que serían desgraciados. Por lo tanto, no merecen piedad alguna. Mi pobre mente terrenal me permite comprender solamente que el dolor existe, que no hay culpables, que todo se encadena, que todo pasa y se equilibra... ¿Pero qué papel tienen en todo esto los niños? No puedo resolver esta cuestión. Todos han de contribuir con su sufrimiento a la armonía eterna, ¿pero por qué han de participar en ello los niños? No se comprende por qué también ellos han de padecer para cooperar al logro de esa armonía, por qué han de servir de material para prepararla. Comprendo la solidaridad entre el pecado y el castigo, pero ésta no puede aplicarse a un niño inocente... ¿Acaso se puede vivir sin rebeldía? Y yo quiero vivir. Respóndeme con franqueza. Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos, y para hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser, a uno solo, a esa niña que se golpeaba el pecho con el puñito, a fin de fundar sobre sus lágrimas la felicidad futura, ¿te prestarías a ello? Responde sinceramente”. El valor existencial de esta posición es indudable.

En el siglo XX, la discusión sobre el mal comienza con un breve artículo de J.L. Mackie titulado “Mal y Omnipotencia” y publicado en 1955. Cuando el escéptico desafía: la creencia en Dios en base al problema lógico del mal, está sugiriendo que es irracional o imposible lógicamente creer en la existencia simultánea de un Dios bueno y poderoso y en la realidad del mal y del sufrimiento. Sería imposible que tal Dios permitiera que existiera el mal.

Esta forma de encarar el problema a pesar de ser demasiado teórica falla justamente en la teoría. No hay forma de mostrar de modo lógicamente riguroso que la proposición de que existe un Dios omnipotente, sapientísimo y bueno sea contradictoria con la afirmación de la existencia del mal. Ahora bien, aunque no sean inmediatamente contradictorias, pueden ser ocultamente contradictorias. En ese caso, el que propone la cuestión tiene que desvelar las operaciones lógicas que hay que llevar a cabo para que resulte manifiesta la contradicción. Pero, hasta este momento,

nadie ha conseguido mostrar un modo razonable de realizar esta tarea. Por otro lado, este planteamiento de la cuestión facilita mucho la tarea de los teístas que pueden establecer una defensa lógica completamente exitosa frente a la argumentación atea. El que lo hizo de forma explícita por primera vez en el S. XX fue A. Plantinga. Su argumento es lógicamente sencillo y brillante: para mostrar que dos proposiciones no son contradictorias, basta añadir una proposición que, aunque sólo sea posible, en conjunción con la primera implicara la segunda. Y la proposición que propone es “Hay seres libres que en ocasiones pueden elegir el mal”. Por esta razón, esta estrategia argumentativa se denomina “defensa basada en el libre arbitrio” (*free-will defense*).

Frente a esta defensa, el planteamiento ateo se ha transformado de lógico en probabilística: no es que sean Dios y el mal contradictorios, sino que es muy improbable que Dios exista si encontramos en este mundo tantos males o si experimentamos un mal especialmente horrible y gratuito. De este modo se definen también las dos estrategias para afrontar la argumentación: el problema global del mal y el problema de un mal singular.

Esta defensa además tiene la virtud de poner en primer plano lo decisivo del mal: la libertad. Entonces la cuestión cambia de planteamiento: en vez de preguntarse cómo es posible que exista el mal si hay Dios, lo que hay que preguntarse es porque Dios quiere que haya seres libres que pueden actuar mal. Pero preguntarse eso ¿no es acaso preguntar por el sentido de mi propia vida en un mundo en el que la realidad del mal se impone avasalladoramente en cualquier situación o momento de la historia?.

Así la cuestión del mal se transforma radicalmente. La vida humana tiene que ver directamente con el mal. Vivir para un ser racional es siempre y necesariamente enfrentarse al mal. Por eso Sócrates acertó a plantear con exactitud la cuestión central de la vida humana: es mejor sufrir que cometer injusticia. Ahora bien, esto no es siempre reconocido. Hoy, como a lo largo del siglo pasado se ha extendido la convicción de que es imposible resistir cualquier tipo de tentación –la mejor forma de superar una tentación es cayendo en ella, dice un anuncio publicitario de helados–, que ninguno de nosotros es digno de confianza y ni siquiera se puede esperar que lo sea a la hora de la verdad, porque la gente cambia tanto de opiniones que resulta imposible ser sincero. Sin embargo siempre ha habido personas que “se negaron a asesinar, no tanto porque mantuvieran todavía una firme adhesión al mandamiento ‘no matarás’, sino porque no estaban dispuestos a convivir con un asesino” (Arendt, 70-71), porque, “pase lo que pase, mientras vivamos habremos de vivir con nosotros mismos” (Arendt, 71).

“El mal auténtico es el que nos causa un horror indecible, cuando todo lo que podemos decir es: ‘Esto nunca tenía que haber ocurrido’” (Arendt, 95). Pero para poder experimentar algo así es necesario el recuerdo y el pensamiento: “Si es un ser pensante, enraizado en sus pensamientos y recuerdos, y conocedor, por tanto, de que ha de vivir consigo mismo, habrá límites a lo que puede permitirse hacer [...]; el mal extremo, sin límites, sólo es posible allí donde esas raíces, que automáticamente limitan las posibilidades, están totalmente ausentes, donde los hombres se limitan a deslizarse sobre la superficie de los acontecimientos, donde se permiten a sí mismos dejarse arrastrar sin llegar a penetrar nunca hasta la profundidad de que cada uno es capaz.” (Arendt, 115). Ciertamente se llega a un punto en el que todo depende del tipo de persona que deseo ser y con el que deseo convivir (Arendt, 123).

“El mayor mal que puede perpetrarse es el cometido por nadie, es decir, por seres humanos que se niegan a ser personas... los malhechores rehúsan pensar por sí mismos lo que están haciendo y que se niegan también retrospectivamente a pensar en ello, es decir, a volver atrás y recordar lo que hicieron no han logrado realmente constituirse en personas. Al empeñarse en seguir siendo nadie, demuestran no ser capaces de mantener trato con otros que, buenos, malos o indiferentes, son por lo menos personas” (Arendt, 124). Nietzsche aseguraba que “si alguien nos dijera que necesitaba razones para seguir siendo decente, difícilmente podríamos ya fiarnos de él; sin duda evitaríamos su compañía” (después de todo, ¿acaso no puede cambiar de idea?)

Por eso frente al mal la vida humana es necesariamente cuidado: primordialmente *cuidado de sí*, y secundariamente cuidado de lo que de sí-mismas tienen las demás realidades. El cuidado de sí, el cuidado de la verdad y el bien de sí, son lo único necesario para la existencia del hombre,

hasta el punto de que realmente, sin él, la vida no se deja vivir, no es *biotos* (*vivable*, dice el punto 38^a; García Baro 42).

La razón fundamental para esto ha sido reiteradamente puesta de manifiesto y a la vez constantemente olvidada: “El modo de vivir que efectivamente ponemos en práctica depende todo él de *lo que creemos que sabemos respecto de la muerte*.” (García Baro, 61) “En efecto, si la muerte no es el peor mal, y éste es el conocimiento capital que debe hacer la sustancia misma del yo vivo, hay que decir que el peor mal es que se vea afectado por la ignorancia profunda acerca de esta verdad aquello que en nosotros es capaz, evidentemente, de arrostrar la muerte en la firme convicción -la *esperanza abundante*, que dice Sócrates- de ser cosa inviolable para la muerte” (García Baro, 67)- “Ahora bien, es el alma lo que, precisamente porque puede desafiar a la muerte, puede también sucumbir a la muerte verdadera” (García Baro, 71). “Para el hombre bueno no hay mal alguno, ni cuando está vivo, ni cuando muere” (según *Defensa*, 41 d). “Temer la muerte no es otra cosa que ser aparentemente sabio no siéndolo en realidad» (*Defensa*, 29a)... “Cometer injusticia, en cambio, es malo y vergonzoso” (*Defensa*, 29b). Y eso de modo incondicional: «y no hay que responder con mal ni aunque se esté siendo objeto de mal, porque no hay que cometer mal de ninguna manera » (*Critón*, 49c) (García Baro, 131). “Y así, lo sagrado en cada ser es la espera de que no se nos haga el mal. De que se nos haga el bien incluso. Esta espera está en todos”. (Boutang & Steiner, 66)

Conocer el mal es así fundamental para un ser que quiera ser libre, porque ¿cómo podría ser libre un ser que se equivocara siempre y de modo decisivo en todas y cada una de sus elecciones? “La razón construye la personalidad de un modo muy profundo, modelando sus motivaciones así como su lógica. La argumentación no sólo proporciona a los estudiantes razones para hacer esto y lo otro, también ayuda a hacer más probable que actúen de cierta manera, y por ciertos motivos. En este sentido radical, la dialéctica produce personas que son responsables por sí mismas, personas cuyos razonamientos y emociones están bajo su control” (Nussbaum, 51). Y eso es exactamente lo que no ocurriría si pensáramos que la muerte y el dolor y el sufrimiento son los peores males y, por tanto, aquello que imposibilita la vida. Por esa razón, “si la vida de un ser racional puede considerarse lograda, algo tendrá eso que ver con la verdad” (Spaemann, 152).

Susana Tamaro lo ha expresado así: “Creo en el dolor, que es el señor de mi vida: es él quien me posee desde que abrí los ojos, quien atraviesa mi mente y mi cuerpo, quien electriza, asola y deforma; es él quien desde el primer instante me ha vuelto inepta para la vida, ha sido el dolor el que ha puesto un temporizador en el corazón, provocando una probable explosión. Hay dolor, no alegría en mis primeros recuerdos; ansiedad, miedo y no la serena certeza del sentimiento de pertenencia. Ya entonces intuía que era hija no del amor sino de la casualidad” (161). Si es así podemos entender a fondo la siguiente afirmación: “Corresponde a la dignidad del hombre el no querer ser engañado ni escuchar mentiras amables” (Spaemann, 152)

Esa experiencia personal del dolor permite también obtener a la autora una conclusión razonable sobre el asunto: “En el momento en que el hombre sueña para el hombre un mundo sin dolor, sin imperfecciones, en realidad está ya desenrollando alambradas, divide el mundo en aptos y menos aptos y estos últimos no difieren mucho de un lastre, algo que se debe eliminar por el camino... En lugar de aplaudir a las grandes promesas de la ciencia, habría que tener el valor de hacer una pregunta, asumiendo la impopularidad de Jeremías: sin enfermedad, sin fragilidad, sin incertidumbre, ¿en qué se transforma el hombre?, ¿y en qué se convierte su prójimo? ¿Somos máquinas cada vez más perfeccionables o inquietas criaturas en el exilio? ¿Se halla en la omnipotencia nuestro sentido último o en la aceptación de la precariedad? De la precariedad nacen las preguntas; de las preguntas puede nacer el sentido del misterio, del estupor, pero la certeza, la omnipotencia ¿qué pueden generar? ¿Acaso no quieren transformar al hombre en un consumidor omnívoro, siempre insatisfecho? (Tamaro 210-211)

Nadie, que quiera seguir siendo humano, está excluido de esa tarea: “Pensar en función de problemas humanos comunes, en las esferas de la vida en que todos los seres humanos, sin importar donde vivan y cómo sean, tenemos que hacer opciones. Todos los seres humanos ha de enfrentar su propia mortalidad y aprender a sobrellevar el miedo a la muerte; todos los seres humanos deben regular los apetitos del cuerpo, emitiendo juicios en las áreas de alimentos, bebidas

y sexo; todos tiene que adoptar alguna posición frente a la propiedad y la distribución de los recursos escasos; todos necesitamos asumir una actitud en el momento de planificar nuestras vidas” (Nussbaum, 179). Por eso juzgamos determinados hechos como inhumanos e incluso bestiales, o decimos que ni las bestias se comportarían de ese modo. Aquí se encuentra el núcleo de la sabiduría de la humanidad: “Esa huella de Dios que nosotros mismos somos no existe sin que nosotros lo queramos, si bien es cierto que, gracias a Dios, Dios existe, es perfecto e independiente de nosotros, de nuestro reconocimiento y de nuestra gratitud. Únicamente nosotros podemos anularnos a nosotros mismos” (Spaemann, 135).

“Naturalmente, se puede preguntar por qué Dios no ha creado un mundo en el que su presencia fuera más evidente; por qué Cristo no ha dejado un rastro más brillante de su presencia, que impresionara a cualquiera de manera irresistible. Éste es el misterio de Dios y del hombre que no podemos penetrar. Vivimos en este mundo, en el que Dios no tiene la evidencia de lo palpable, y sólo se le puede buscar y encontrar con el impulso del corazón, a través del «éxodo» de «Egipto». En este mundo hemos de oponernos a las ilusiones de falsas filosofías y reconocer que no sólo vivimos de pan, sino ante todo de la obediencia a la palabra de Dios. Y sólo donde se vive esta obediencia nacen y crecen esos sentimientos que permiten proporcionar también pan para todos” (Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007). Y, de este modo, acabar con uno de los males del mundo.

Plantearse el problema del mal en serio significa, en definitiva, desarrollar la sensibilidad para captarlo, crecer en su repudio, plantearse la disminución de su papel en mi propia vida. Pero, ¿cómo adquirir la sabiduría necesaria para descubrir que yo soy malo, que algunas de las cosas que he hecho o he dejado de hacer están realmente mal y nunca deberían haber existido? ¿Cómo mirar con claridad el abismo de nuestro propio ser y no tapanlo con los demás abismos que nos rodean por todos lados? “Yo llegué a ser un misterio para mí mismo”: todos hemos experimentado la verdad de esta frase de San Agustín. ¿Quién puede dar razón sobre el mal, sobre su mal? Reconocerlo es odiarlo, porque es malo; pero haberlo hecho significa que en algún momento hemos sido suficientemente miserables para quererlo y lo hemos preferido a otras cosas. ¿Cómo podemos estar seguros de que eso no volverá a pasar nunca?

“Querer a alguien o a algo significa o consiste esencialmente, entre otras cosas, en considerar sus intereses como razones para actuar al servicio de ellos mismos... El amor crea las razones que inspiran sus actos de amoroso cuidado y devoción” (Frankfurt, 52) Por eso, “amar es arriesgado. Los amantes se caracterizan por su vulnerabilidad a padecer una profunda angustia si se ven obligados a desatender las necesidades de un amor para atender las de otro, o si lo que aman no va bien. Por tanto, debemos ser prudentes e intentar evitar verse abocados a amar aquello que no deseáramos amar. En cambio, un ser infinito, cuya omnipotencia le confiere una seguridad absoluta, puede permitirse amar de manera indiscriminada. Dios no necesita ser prudente. No corre ningún riesgo. Ninguna necesidad, hija de la prudencia o la ansiedad, le hace renunciar a las oportunidades de amar... El motor de la actividad creadora de Dios es un amor totalmente inextinguible y generoso. Este amor, que no conoce límites ni condiciones, induce a Dios a desear una existencia plena que incluya todo aquello que pueda ser concebido como objeto de amor. Dios quiere amar tanto como sea posible amar. Por tanto, lo que Dios desea crear y amar es el Ser, de todas y cada una de las especies, y cuantas más mejor. Dios lo ama *todo*, con independencia de su carácter o sus consecuencias. Eso equivale a decir que la actividad creadora en la que el amor de Dios al Ser se expresa y se realiza no tiene ningún otro motivo que un ilimitado impulso a amar sin límite ni medida” (Frankfurt, 81).

El mal es un misterio. Es un misterio para mí que está en mí mismo y me afecta radicalmente. La raíz del misterio es el abismo de la libertad, que nos confiere la posibilidad de elegir mal, de preferirnos a nosotros mismos. ¿Por qué amamos lo que es menos amable y dejamos de amar a quien es infinitamente amable? Lucifer conocía a Dios, pero prefería amarse a sí mismo. Adán y Eva charlaban amistosamente con Dios todas las tardes, pero prefirieron su criterio a la ley que Dios les había impuesto. El pueblo de Israel, sacada portentosamente por Yahvé de Egipto, vuelve a adorar a Baal. Yo no tengo ninguna respuesta a estas cuestiones, pero sin sentir el vértigo de mirar ese abismo no podría llamarme hombre sin vergüenza. Lewis lo dice así: “Nunca me he

encontrado en un estado de ánimo en el que, el solo imaginarme un sufrimiento serio, me pareciera algo menos que intolerable”. Es la única forma real de captar el mal como malo. Como dice un autor contemporáneo: este problema se expresa mejor con lágrimas y gritos de angustia que con definiciones y reglas de inferencia. Cualquier reflexión meramente intelectual parecerá siempre, dice otro filósofo, demasiado fría y abstracta ante la escandalosa concreción de un caso particularmente espantoso de mal. Pero mirar el abismo no significa quedar ensimismado en el vacío. Hay abismo porque hay una realidad sólida en la que apoyarse para mirar. Hay mal porque también hay un amor excesivamente abundante. “Es propio de la Providencia no destruir la naturaleza, sino salvarla”, decía Dionisio. La creación es obra del amor; la libertad es el don del amor que quiere ser amado; la imperfección de la libertad es el don de una perfección aun perfectible, es decir, capaz de crecer y ser origen siempre de cosas nuevas. Y ese amor del que hemos nacido se prolonga en la redención. Y guía la historia con la providencia. Entre Dios y el mal pueden buscarse relaciones lógicas desconocidas, pero sobre todo es necesario alcanzar la lógica del amor, de la entrega, del servicio, del don de sí. “Sólo somos exigentes con quienes amamos y en la misma medida en que los queremos. El amor es verdaderamente una cosa terrible, dice el Dante. Por eso San Agustín se atreve a decir: “Dios ha preferido sacar el bien del mal a no permitir la existencia de males” (*Enchiridion*, c. 27, PL 40, 245)

La fe cristiana sostiene la existencia de una primera elección decisiva que pervirtió la vida humana e hizo arraigar en ella la posibilidad del mal, la experiencia del fracaso y del dolor, la inexorabilidad de la muerte. Dios no quiere la muerte del hombre, ni su sufrimiento. Dios no quiere ni puede querer el mal. Por eso envió a su Hijo para que se hiciera hombre y para que muriera sufriendo como todos. “Si no hubiera existido esa agonía en la cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar” (Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*,). Si Jesucristo sufre, los que sufrimos y morimos tenemos algo en común con el Dios hecho hombre. Y así, quizá un día, podremos compartir también su destino: la vida plena de gozo en el seno del infinito amor que une al Padre, con el Hijo en el Espíritu Santo.

Bibliografía citada:

Hannah Arendt, *Responsabilidad y juicio*, Paidós, Barcelona 2007.

Francisco Conesa, *Dios y el mal. La defensa del teísmo frente al problema del mal según Alvin Plantinga*, Eunsa, Pamplona 1996.

Harry G. Frankfurt, *Las razones del amor. El sentido de nuestras vidas*, Paidós, Barcelona 2004.

Miguel García-Baró, *Filosofía socrática*, Sígueme, Salamanca 2005.

Peter van Inwagen, *The Problem of Evil*, Clarendon Press, Oxford 2006.

Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1995.

Clive S. Lewis, *El problema del dolor*, Rialp, Madrid 1995.

Martha C. Nussbaum, *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, Paidós, Barcelona 2005.

J.L. Mackie, “Evil and Omnipotente”, *Mind*, 64 (1955), pp. 200-212.

Alvin Plantinga, *God, Freedom and Evil*, Eerdmans, Grand Rapid 1991.

Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007.

Robert Spaemann, *Ética, política y cristianismo*, Palabra, Madrid 2007.

Susana Tamaro, *Escucha mi voz*, Seix Barral, Barcelona 2007.

Sabrina Tonutti, *Diritti animali: storia e antropología di un movimento*, Forum, Udine 2007.

Enrique Moros